

En Italia la estrategia marxista se está orientando a la proposición de un partido único de la clase trabajadora. La posibilidad de este partido único de los trabajadores de conseguir la mayoría absoluta en el Parlamento está expresamente ligada a la conquista de una parte, al menos, del electorado democristiano. Los trabajadores católicos muy difícilmente contribuirían a tal operación si no hubieran adquirido la seguridad de que en el ejercicio del poder el partido de los trabajadores no cometería ningún atentado contra la libertad civil, religiosa y económica.

1. INDIVIDUACIÓN DE LAS FUERZAS MARXISTAS ITALIANAS

El tratamiento de este tema supone, ante todo, la identificación de las fuerzas marxistas en Italia. El criterio base de tal identificación no puede ser el del ateísmo (práctico o científico), ya que a esta categoría pertenecen sectores de la población y de la cultura italiana que no se identifican necesariamente con el marxismo. Bajo el común denominador de ateísmo se encuentran, de hecho, en efecto, marxistas, laicistas, radicales, agnósticos, existencialistas, etc.

Un criterio más aceptable es el criterio político. En Italia, en efecto, existe una variedad de partidos políticos fuertemente ideologizados, de tal forma que se podría sostener que las diversas corrientes del pensamiento actual en el plano cultural encuentran cada una de ellas la propia localización en uno de los partidos existentes.

Ahora bien: no menos de cuatro son los partidos que en Italia aseguran inspirarse en el pensamiento marxista (parcial o integralmente): el Partido Comunista (P.C.I.), el Partido Socialista de la Unidad Proletaria (P.S.I.U.P.), el Partido Socialista Italiano (P.S.I.) y el Partido Socialista Democrático Italiano (P.S.D.I.).

De estos cuatro se debe precisar desde ahora que solamente los dos primeros (P.C.I. y P.S.I.U.P.) se consideran y se definen como de integral inspiración marxista. Los otros dos, por el contrario, se vinculan a la

* Redactor de *Aggiornamenti Sociali*, Milán.

ideología marxista sólo parcialmente: o como a un método de análisis de los hechos socio-económicos; o como a un posible, pero genérico, modelo económico; o, todavía más vagamente, como a una tensión político-social orientada hacia una mejor justicia social.

Pasando ahora del plano de las instituciones al de las personas, ocurre aún precisar que no todos los sujetos que están inscritos o votan por uno de aquellos cuatro partidos lo hacen porque acepten, defiendan y propaguen la ideología marxista. En muchos casos, sobre todo en la sede del voto político o administrativo, el apoyo que viene dado a uno de tales partidos está motivado solamente por razones económicas o de costumbre, por vínculos de parentela o amistad, o por el simple motivo de protestar contra aquello que se retiene, sea un orden social injusto o incluso por antipatía hacia otros partidos (Democracia Cristiana, Liberales, Monárquicos, Fascistas), tenidos (con razón o sin ella) por demasiados clericales, demasiado conservadores, moderados, etc.

Hechas estas precisiones podemos ya describir sintéticamente la consistencia numérica de las fuerzas marxistas en Italia.

La siguiente tabla recoge los resultados de las elecciones generales tenidas de 1946 al 1963, esto es, desde la primera a la última consulta política después de la caída del régimen fascista en lo que se refiere a las fuerzas marxistas:

| | 1946 % | 1948 % | 1953 % | 1958 % | 1963 % |
|---------------|-----------|-----------|-----------|-----------|-----------|
| P.C.I. | 19,0 | 31,0 | 22,7 | 22,7 | 25,3 |
| P.S.I. | 20,7 | — | 12,7 | 14,3 | 13,8 |
| P.S.D.I. | — | 7,1 | 4,5 | 4,6 | 6,1 |
| TOTAL ... | 39,7 | 38,1 | 39,9 | 41,6 | 45,2 |

Para comprender a fondo los datos precedentes son necesarias algunas aclaraciones.

En 1946 no existía el P.S.D.I., que nació en 1947 por una escisión del P.S.I. La razón de la escisión llevada adelante por el actual presidente de la República, Saragat, fueron de naturaleza ideológica: Saragat, en otros términos, no compartía las ideas políticas de Nenni (cabeza del P.S.I.) de alianza con los comunistas y de apoyo de la Unión Soviética. Entre los dos líderes era, además, completo el desacuerdo sobre el concepto de «democracia», de «vía democrática hacia el socialismo», de «dictadura del proletariado», de «economía rígidamente planificada y colectivizada». Saragat, a saber, estaba ya entonces en posiciones claramente social-democráticas, y opuestas, por lo mismo, al comunismo soviético. Nenni, por el contrario, se mantenía ambiguamente sobre una plataforma en teoría autónoma en relación con la U.R.S.S. y con sus representantes, pero de acuerdo en la práctica con los mismos.

En 1948 el P.C.I. y el P.S.I. presentaron una lista única en la esperanza de conseguir la mayoría absoluta en el parlamento. Pero tal lista (llamada «frente popular») despertó una aguda desconfianza. El

P.S.D.I. contribuyó notablemente a agrandar la proporción de la desconfianza del «frente popular» al recoger el 7 por 100 de los votos de electores de inspiración socialista, pero democráticos y no totalitarios.

Después de las elecciones de 1963 el P.S.I. ha sufrido una nueva escisión por obra de Vecchiotti. Esta escisión (de la que nació el P.S.I.U.P.) fue motivada por la ruptura ocurrida entre el P.S.I. y el P.C.I. y por la alianza del gobierno, iniciada por el P.S.I., con la Democracia Cristiana. En la tabla anterior no figura el P.S.I.U.P., precisamente por haber nacido después de la última consulta política general.

La consistencia electoral de este nuevo partido socialista parece ser de cerca del 3 por 100 del cuerpo electoral italiano y del 20 por 100 de los adictos al P.S.I.

De 1946 a 1963 (si consideramos las sumas totales) la cifra de las fuerzas consideradas marxistas ha pasado del 39,7 por 100 al 45,2 por 100. Esta constatación podría alarmar a quienes no están dentro de la cosa política italiana. Por esto parece conveniente decir una palabra de aclaración.

En las elecciones de 1946 el 6,3 por 100 del cuerpo electoral se adhirió a la lista del Partido Republicano. Este partido, que políticamente se coloca a la izquierda de la Democracia Cristiana, se caracteriza por una inspiración laicista y anticlerical, a pesar de ser profundamente democrático y anti-comunista. Pero en los quince años transcurrido ha ido perdiendo progresivamente votos, pasando del 6,3 por 100 en 1946 al 1,4 por 100 en 1963. Las pérdidas del P.R.I. han sido absorbidas en notable proporción por el P.S.D.I. y el P.S.I., al paso que estos partidos perdían cada vez más su ideología marxista y se acercaban a las posiciones «laicistas» del Partido Republicano. En compensación, sin embargo, ha habido un drenaje del P.S.I. hacia el P.C.I. de un cierto número de electores que se mantenían radicalmente contrarios a la ruptura entre socialistas y comunistas y al acercamiento de los socialistas a los católicos.

En realidad, la consistencia de todas las fuerzas de izquierda (marxistas y laicistas) era del 46,2 por 100 en 1946 y es del 46,6 por 100 en 1963, con un imperceptible aumento del sólo el 0,4 por 100. Ocurre aún observar que mientras en 1946 el porcentaje del cuerpo electoral que se había expresado en favor de los dos partidos marxistas entonces existentes (P.C.I. y P.S.I.) fue del 39,7 por 100, en 1963 el único partido que se presentó como de específica inspiración marxista fue el comunista, el cual recogió el 25 por 100 del electorado. Añadiendo a esto la consistencia electoral del P.S.I.U.P. (cerca del 3 por 100) se puede afirmar que los dos partidos que todavía hoy se declaran integralmente marxistas reúnen cerca del 28 por 100 del cuerpo electoral completo italiano.

2. EL MARXISMO ITALIANO COMO CULTURA E IDEOLOGÍA

Desde el punto de vista ideológico el marxismo italiano presenta dos aspectos principales.

Ante todo, los dirigentes comunistas empeñados en la política, que durante los veinte años transcurridos fueron dominados por la perso-

nalidad de Palmiro Togliatti, no se han preocupado demasiado de profundizar, desarrollar o corregir la teoría marxista.

Por un lado se han mantenido pedisecualmente vinculados a la formulación tradicional del marxismo-leninismo, para dar una legitimación cultural a su postura política, sea interna o internacional. Por otro lado, en diversas ocasiones se han dejado guiar más por razones de oportunidad y por la intuición política que por los principios marxistas.

A nivel científico, por el contrario, el pensamiento marxista italiano posee su peculiaridad propia: enlaza, a saber, con la tradición idealista que, con Croce y Gentile, ha influenciado la cultura filosófica italiana por toda la primera mitad de este siglo. Tal influjo hace a los pensadores marxistas italianos más propensos que otros a poner en discusión los principios o los postulados metafísicos del marxismo (el materialismo dialéctico y el materialismo histórico) y, de ahí, a replantear en términos revisionistas tales posiciones en relación, por ejemplo, con la religión.

Es sintomático a este propósito que, a diferencia de cuanto se había repetido monótonamente y sin espíritu crítico durante años (a saber, la religión como el «opio del pueblo») se desarrolle hoy entre algunos marxistas italianos la idea según la cual el fenómeno religioso puede ser un vehículo de valores no contradictorios en relación con los valores marxistas.

Después de la partida de Palmiro Togliatti (muerto, como es sabido, en agosto del 1964 en Crimea), la cultura marxista italiana está redescubriendo uno de sus principales exponentes: Antinio Gramsci. El fue, con Togliatti, el verdadero fundador del Partido Comunista Italiano en 1921. Encarcelado por los fascistas en 1925 y puesto de nuevo en libertad en 1939, solamente tres días antes de su muerte, Gramsci ha dedicado todo el tiempo pasado en la cárcel a reflexionar y escribir en torno a la teoría marxista. El fruto de sus reflexiones, que han tenido el mérito de ser verdaderas reflexiones y no simples análisis filológicos de los textos de Marx (el director de la cárcel, siguiendo órdenes de arriba, no le consentía usar libremente los libros que deseaba), demuestra cómo había revalorizado ante todo el concepto de «historicidad» del hombre en perjuicio del «materialismo metafísico».

No se puede predecir con seguridad hasta dónde el descubrimiento de Gramsci llevará a los marxistas italianos de nuestra generación a revisar conceptos y teorías retenidas antes como dogmas de la fe marxista-leninista. Sin embargo, parece que en Italia la cultura marxista posee buenos fundamentos, buena base de partida para empeñarse a fondo en la tarea de depuración de cuanto de irracional, anticientífico, apriorístico y dogmático se contiene en la ideología marxista.

3. ASPECTOS SOCIOLOGICOS DEL MARXISMO ITALIANO

Italia es considerada, generalmente, como una nación íntegramente católica.

La presencia en suelo italiano de la Sede Pontificia contribuye a difundir en el extranjero tal opinión. Por esto muchos extranjeros se

maravillan cómo puede suceder que en una nación íntegramente católica un elector de cada cuatro vote por el partido comunista y dos de cada cuatro voten en conjunto por los partidos que en alguna medida se dicen de inspiración marxista.

Indudablemente este hecho plantea un problema interesante que tiene relación con el aspecto sociológico del marxismo en Italia. Ya habíamos insinuado en la introducción de este artículo que no pocas personas votan por los partidos marxistas sin que por ello compartan su ideología en los aspectos metafísicos, materialistas y ateos.

Aquí se puede, sin embargo, legítimamente preguntar cómo un conspicuo número de personas bautizadas no caen en la cuenta de la contradicción entre llamarse católicos y contribuir al reforzamiento electoral de los partidos de inspiración marxista. Y otra cuestión se puede proponer: por qué en una nación de tradición católica es posible que un buen número de personas se afilien al marxismo como ideología atea y materialista.

La investigación de las causas de tal fenómeno exige un trabajo muy complejo que todavía no se ha hecho con la necesaria profundidad. Tal investigación, en efecto, debería extenderse por campos diversos, desde el momento que se debe asumir como legítima hipótesis de trabajo que la difusión del marxismo en Italia se ha debido a factores específicos de carácter histórico, geográfico, económico, cultural y pastoral.

Ateniéndonos a estudios parciales ya realizados y a intuiciones sobre las cuales parece existir un común consentimiento de los expertos, creemos poder proponer las siguientes reflexiones.

La historia civil de Italia ha estado, más que en otros países, estructuralmente ligada a la historia eclesiástica. La existencia de un Estado Pontificio que se extendía sobre varias regiones de la Italia Central ha dejado indudablemente huellas negativas en el comportamiento religioso de la población allí residente. Cuando en el siglo anterior maduró en Italia el movimiento por la unidad nacional, el Estado y la Iglesia se encontraron, por las mismas circunstancias histórico-geográficas, en conflicto de intereses. Se puede decir que la unidad de Italia ha sido hecha con *animus anticlericale*. En este terreno anticlerical el comunismo ha podido echar raíces.

Es sabido que entre la Iglesia Católica y el Estado Unitario Italiano hubo una ruptura que duró por más de medio siglo. Esa ruptura terminó mediante el concordato estipulado entre Pío XI y el Gobierno Mussolini. Tal ruptura se reflejó obviamente sobre los ciudadanos, profundizando en unos el sentido de devoción a la Iglesia y de rebelión hacia el Estado; en otros, por el contrario, la adhesión al Estado y de oposición a la Iglesia.

Otro factor que entra en consideración en la tentativa de encontrar las causas de la difusión del marxismo en Italia es el veto a los católicos después de 1870 de participar activamente en la vida pública (voto activo y pasivo). Esta prohibición es conocida bajo el nombre de *non expedit*. Ahora bien: la ausencia política y sindical de los católicos coincide precisamente con el período durante el cual iban madurando también en Italia los frutos de la revolución industrial, de manera par-

ricular el nacimiento de los partidos de masa, influenciados por las teorías socialistas y marxistas. Para muchos trabajadores (obreros industriales, agricultores) el único instrumento de defensa de los propios intereses era su adhesión a los movimientos políticos sindicales del momento, de inspiración socialista y marxista, que andaban formándose en Italia.

El conflicto entre la Iglesia y el Estado italiano ha tenido profundos reflejos también en el campo universitario y cultural. Todas las universidades italianas (hasta el nacimiento de la Universidad Católica del S. Cuore en 1921) fueron dominadas por personas más devotas al Estado y a la Iglesia. Las corrientes filosóficas dominantes fueron el idealismo gentiliano y el historicismo crociano. La cultura católica acusó un fuerte retraso en su crecimiento. Las dramáticas censuras contra el «modernismo» contribuyeron a perpetuar en el mundo cultural italiano la imagen de un Iglesia Católica predispuesta y contraria a todo progreso filosófico, histórico, teológico; de una cultura católica cerrada en sí misma, dogmática y privada de la libertad de investigación.

Los veinte años de fascismo privaron a Italia de libertad política. Los partidos existentes antes de la llegada de Mussolini al poder fueron suprimidos. Sus principales líderes o fueron procesados y metidos en la cárcel o marcharon al extranjero. Ahora bien: los partidos marxistas, durante el fascismo, con motivo de su vinculación mantenida con Moscú y con la Internacional Socialista, tuvieron medios y manera de mantener salva su estructura organizativa, operando en un clima de clandestinos, de perseguidos.

En los últimos años de la segunda guerra mundial se crearon en la Italia central y septentrional brigadas de partisanos, en buena parte guiados por cuadros comunistas.

Toda esta serie de razones históricas pueden explicar, al menos en parte, el hecho de que, al término de la segunda guerra mundial, los partidos marxistas, tomados en su conjunto, tuvieran la mayoría relativa de los electores (el 39,7 por 100).

No es posible en este breve estudio intentar un análisis de las motivaciones psicológicas que pueden haber inducido o que continúan induciendo a tales personas a permanecer ligadas a organizaciones de inspiración marxista. En todo caso parece bastante probable que las motivaciones personales ejercitan un influjo mayor o menor, según que encuentren o no vinculación con las razones de índole histórico-geográfica de las cuales hemos hablado más arriba.

Es preciso mencionar, además, la capacidad que posee el aparato organizativo del P.C.I. para mantener vinculados e influenciar la masa de sus adheridos.

En algunas regiones italianas (por ejemplo, en la Emilia) los comunistas disponen de una nutrida red de cooperativas (de consumo, farmacéuticas, agrarias, vinícolas, etc.) de las que muchos socios reportan ventajas económicas y el mismo partido recauda parte de sus fondos.

En diversos casos el comercio exterior entre dichas empresas italianas y los países del otro lado del telón de acero se desarrolla a través de

intermediarios socios del partido comunista que obtienen para el partido mismo buenas provisiones sobre el volumen de los cambios.

El partido comunista mantiene una numerosa serie de publicaciones, entre las cuales hay un diario (*l'Unitá*) que tiene una tirada de algunas centenas de millares de copias, siendo el único periódico de extrema izquierda bastante difundido; diversos semanarios y revistas mensuales, además, destinados todos a las más diversas categorías de lectores. Cuida de las ediciones científicas de las obras de los clásicos marxistas y controla, de una u otra forma, algunas casas editoriales de relativa importancia (por ejemplo, Einaudi, Feltrinelli, Laterza, Editores Reunidos).

Es también de sobra sabido que el Partido Comunista Italiano es, entre los partidos comunistas del mundo, el que tiene mayor número de inscritos, después del soviético, a pesar de que con el pasar de los años, en lugar de crecer los inscritos han disminuido, como aparece en la siguiente tabla:

INSCRITOS EN EL PARTIDO COMUNISTA ITALIANO

| Año | Inscritos |
|------|-----------|
| 1950 | 2.116.871 |
| 1954 | 2.145.317 |
| 1956 | 2.035.358 |
| 1959 | 1.789.269 |
| 1962 | 1.700.000 |

La diferencia, por lo tanto, entre los inscritos en 1950 y los de 1962 muestra una disminución de 416.871.

Así se puede ahora considerar qué perspectivas tiene el Partido Comunista Italiano de conquistar el poder en Italia.

De una valoración conjunta de la situación interna e internacional parece se puede prudentemente excluir que los comunistas italianos se impongan en el poder con actos violentos. El sistema de alianzas que ligan a Italia con otras naciones occidentales no consentiría en la práctica tal acto de revolución violenta.

Por lo tanto, la vía democrática sería la única que permanece abierta al P.C.I. Pero los comunistas la recorren en solitario (y en tal caso deberían ver de conquistar la mayoría absoluta en el parlamento), por más que propugnen formas de alianza parlamentaria con otros partidos.

Las probabilidades de éxito de la primera hipótesis creemos se han de considerar muy escasas. En efecto, si el partido comunista italiano continuase aumentando los sufragios al ritmo de incremento registrado en los últimos veinte años (cerca del 60 por 100), para pasar del actual 25,5 por 100 al 50,1 por 100 de los votos deberían emplearse casi ochenta años. Por lo demás, las recentísimas tendencias que se descubren en el interior del grupo dirigente indican que el mismo partido comunista italiano no alimenta esperanzas por este camino. Por esta razón, la táctica

tica comunista se está orientando ahora hacia la proposición del partido único de la clase trabajadora. Esto significa optar por la segunda de las dos alternativas propuestas anteriormente.

El partido único de la clase trabajadora (una copia del laborismo inglés) parece tener alguna oportunidad en el cuadro de la situación italiana, sólo si se cumplen ciertas condiciones, de las cuales la primera y principal es la aceptación sincera e irreversible de algunos principios e instituciones de democracia a los cuales no sólo las fuerzas democristianas (comprendidas las masas trabajadoras católicas), pero los mismos socialistas (P.S.I. y P.S.D.I. y creemos también el P.S.I.U.P.) no renunciarían ya.

Se trataría ahora de ver si, orientándose el P.C.I. por tal camino abiertamente revisionista, no saldrían al encuentro en primer lugar contradicciones internas, después división en las tendencias y finalmente escisiones. Casi un siglo de historia del socialismo italiano ha demostrado que el contraste entre revisionistas y maximalistas se ha resuelto siempre en una división interna. Por lo tanto, una eventual acción revisionista del P.C.I. que fuese conducido unitariamente, además de representar un éxito dudoso estratégico, sería totalmente contraria en su sentido al pasado del movimiento socialista italiano.

Las perspectivas de un radical revisionismo del P.C.I. (Amendola, uno de los líderes del P.C.I., habla *a priori* del fracaso, tanto de la experiencia social democrática como de la comunista) no pueden concebirse si una reacción con la evolución del movimiento comunista internacional. Creemos en particular que el modo de ser de las relaciones entre Rusia y la China comunista está destinada a desenvolver una determinada función en el desarrollo de las tendencias del P.C.I. Muy difícilmente el P.C.I. llevaría adelante unilateralmente una estrategia revisionista si Moscú y Pekín mantuvieran y reforzaran su alianza. En tal suposición la división Oriente-Occidente se radicalizaría y los actuales procesos de ósmosis entre los regímenes comunistas de los países de Europa oriental y las democracias occidentales se detendrían.

Pero si la Unión Soviética no alcanza a resolver sus diferencias con China (diferencias que surgen por motivos de orden militar, territorial, económico, además de ideológico y político) y de ahí se hallase en la necesidad de mejorar sus relaciones con el Occidente y en particular con los Estados Unidos, es probable que la evolución de todos los comunistas occidentales sea acentuadamente revisionista. En esta perspectiva la posibilidad de un partido único de la clase trabajadora (del tipo del laborismo) tendría algunas mayores posibilidades de éxito.

En tal hipótesis queda todavía por ver qué repercusión podría tener tal partido en las masas trabajadoras católicas y los componentes social-democráticos del electorado. Las sospechas de que un partido unificado de los trabajadores representa una rendición del frente popular dominado por los comunistas entorpecerían el proyecto a largo plazo más de cuanto se puede pensar.

La posibilidad para un partido único de los trabajadores de conseguir la mayoría absoluta en el parlamento está expresamente ligada también a la conquista de una parte, al menos, del electorado democristia-

no. Retengamos que los trabajadores católicos muy difícilmente contribuirían a tal operación si no hubieran adquirido la seguridad de que en el ejercicio del poder el partido de los trabajadores no cometería ningún atentado contra la libertad civil, religiosa y económica. Tal seguridad no podrá sino ser fruto de una lenta, progresiva, coherente serie de hechos que el P.C.I. debería probar aun cuando permaneciera en la oposición.

4. PASTORAL CATÓLICA Y MARXISTAS ITALIANOS

Desde el punto de vista católico el problema de los comunistas (y más generalmente de los marxistas) en Italia es análogo al que otras naciones tienen que afrontar con motivo de la composición pluralista de su población.

A pesar de su apariencia formal (el bautismo recibido por el 99 por 100 de la población) la sociedad italiana, desde el punto de vista religioso, posee los caracteres propios de una sociedad pluralista. Tales caracteres permanecen, es verdad, menos destacados que en otros países por la costumbre de la abrumadora mayoría de las familias (aunque no sean practicantes) de querer para sus hijos el bautismo, los elementos rudimentarios de la instrucción religiosa católica, al menos hasta la primera comunión, y el matrimonio según el rito católico.

Son estas peculiaridades del pluralismo religioso italiano las que hacen difícil la formulación de una línea pastoral clara y definida.

Después del decreto del S. Oficio de 1949, perfilado y precisado por un posterior decreto de 1959, conteniendo normas relativas a los comunistas (distinguiendo aquellos que profesan, defienden y propagan el ateísmo y el materialismo, de quienes se inscriben en un partido marxista, votan o colaboran con uno de tales partidos) se ha difundido la imprecisa opinión de que basta tener alguna relación con los comunistas para ser excomulgado. Indudablemente, el concepto de excomunión en las masas italianas ejercía todavía en 1949 un fuerte peso moral y psicológico, y en este aspecto no hay duda que la intervención del S. Oficio ha contribuido a evidenciar la oposición existente entre la doctrina católica y la ideología marxista. Sin embargo, tales personas, en gran parte poco instruidas, que votaban por los partidos marxistas por motivos totalmente extraños a sus elementos ideológicos ateístas o materialistas, han sentido una profunda crisis de conciencia, creyendo erróneamente estar excomulgados, y no dándose suficiente cuenta no explicándose suficientemente la razón por la cual deberían serlo.

A complicar la situación desde el punto de vista pastoral contribuye también el apoyo que la jerarquía eclesiástica ha dado a la Democracia Cristiana con ocasión de las diversas elecciones que se han sucedido desde 1848 hasta ahora. Tal apoyo estaba ciertamente justificado por las circunstancias particulares existentes en Italia, y ha producido por de pronto efectos positivos también para la misma sociedad civil. Sin embargo, eso ha podido engendrar fuertes contrastes en aquellos que por un motivo o por otro no desean votar por la Democracia Cristiana.

Razones objetivas, pero independientes de la voluntad de la Jerarquía Católica, han hecho también que surja otra confusión: la tendencia de las masas trabajadoras y asalariadas a identificar la Iglesia Católica con el partido político de la Democracia Cristiana, haciendo revertir sobre la Iglesia las consecuencias de los efectos, de los errores y de las limitaciones que son típicas de cualquiera formación política.

Por lo tanto, muchos de aquellos que con razón o sin ella poseían la convicción de que la Democracia Cristiana era un partido conservador, patrocinador de los intereses de los poderosos, no sólo se convertían en oponentes del partido, sino también de la Iglesia Católica.

Es en esta compleja trama de los problemas donde se han debido mover nuestros párrocos y nuestros obispos con su acción pastoral en los últimos quince años. Preocupados, por un lado, en impedir que las masas creyeran que el comunismo fuera una ideología de acuerdo con la doctrina católica; pero, por otro, ansiosos de evitar se crease una irreparable escisión entre la Iglesia y las masas trabajadoras.

De la experiencia pasada han surgido indicaciones que actualmente están estimulando las diversas personas responsables de un examen de la situación en vista de actualizar la acción pastoral que desarrollar en relación con los comunistas y, más en general, con los no practicantes.

Tal reexamen debería ser conducido, por un lado, a la luz de los principios enunciados por el Concilio Eucuménico Vaticano II (en parte ya contenidos en la encíclica de Juan XXIII *Pacem in Terris* y en la de Pablo VI *Ecclesiam suam*), especialmente a la luz del principio de la libertad de conciencia, del pluralismo religioso, del relativo al tipo de relación que debe interferir entre los católicos y los sostenedores de ideologías políticas, filosóficas y sociales que en diversos grados contrastan con la doctrina católica. Por otra parte, el examen se hace bajo el estímulo que deriva del discurso que Pablo VI dirigió a los miembros de la congregación general de la Compañía de Jesús, que resulta una invitación implícitamente extendida a toda la comunidad católica mundial a empeñarse en encontrar el modo conveniente de resolver el serio problema del ateísmo difundido en los más diversos grupos sociales.